

ÉTICA DE LA NO VIOLENCIA

Texto recibido: 13 de abril de 2015
 Texto aprobado: 15 de mayo de 2015

Por: Javier Sádaba *
 Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

En este texto se lleva a cabo una reflexión sobre la violencia y las posibilidades de una ética de la no violencia.

Palabras clave: Ética, violencia, no violencia, paz, guerra.

Abstract:

This text carries out a reflection on violence and the possibility of an ethic of nonviolence.

Key words: *Ethic, violence, nonviolence, peace, war.*

I

Me gustaría ser lo más claro, sencillo y directo en mi texto. Por eso voy a prescindir de todo el andamiaje académico que en nuestro caso, más que ayudar, estorbaría. Y voy a enfrentarme con la violencia, porque en ella nos movemos, en ella habitamos y con ella convivimos. No se trata de algo accidental o periférico en nuestra existencia, sino que la violencia lo invade todo y, como un virus persistente, no hay modo de desalojarla. No es extraño, por eso, que haya sido estudiada desde los más diversos ángulos; antropólogos, sociólogos, psicólogos, etólogos, etcétera, han investigado sus causas y han intentado proponer los remedios a este mal con el que nacemos, continúa con nosotros como un gemelo y sólo muere también con nosotros. Algunos, de manera más angélica, han soñado un mundo de no violencia desde, muy respetables posturas utópico-libertarias como es el caso de Tolstoi o, un poco más allá en el tiempo, Kropotkin. Mi visión, sin embargo, se encuadra en mi profesión: la



Fotografía: "En la FIL" Archivo Fotográfico del Colegio de Ciencias y Humanidades. S.C.I. 2014

* Ha sido profesor de las Universidades de Tübingen, Columbia, Oxford, Cambridge y Complutense de Madrid. El último texto que ha publicado se llama *Ética erótica. Una forma diferente de sentir*. Madrid: Península, 2014.

filosofía moral, de ahí, lo que voy a discutir es qué remedios propone la ética a la violencia. Me apresuro a añadir que mi gremio filosófico ha solido ser bastante necio cuando ha hablado de la violencia, así, uno de los padres del filosofar, Heráclito, la concibió como la partera de todas las cosas y un filósofo tan inteligente y decisivo como Kant llegó a escribir de manera tan absurda sobre la belleza de la guerra y su capacidad formativa que me daría vergüenza repetirlo.

II

Ha aparecido la palabra *guerra*, efectivamente, la guerra es uno de los índices más evidentes de la violencia humana; y la guerra está presente en la sociedad como una epidemia intratable. Sólo unos



Fotografía: "Detener la guerra" de Federico Paziente Enero 2004, www.freeimages.com

datos. Para el gran historiador G. Childe la guerra no ha hecho sino crecer con el paso de la historia. Greaves cuenta 14,542 guerras entre el año 3,600 antes de Cristo y 1,962 de nuestra era. Según Gori, en 3,400 años sólo ha habido 234 días de paz. El conocido polemólogo Bouthoul nos dice que no ha habido nunca ni un solo año de paz¹. Es ése el panorama de la sociedad humana. Y si echamos un vistazo a la evolución, tendríamos que conceder, sin convertirnos por ello en "darwinistas" *avant la lettre*, que la guerra, la confrontación, el dominio y la destrucción marcan el proceso que conduce al *Homo Sapiens*. Ésta es, repito, la situación. Una situación que habría que completar añadiendo mayores males porque no sólo existe la violencia de la guerra con sus propias guerras sino la económica, la social, la cotidiana y todo aquello que convulsiona y perturba de alguna manera nuestras vidas.

III

Llegados a este punto convendría sin embargo, hacer dos precisiones, la primera atañe al concepto de violencia. Los animales, o nosotros en lo que tenemos de animales, son, o somos, agresivos. La violencia es un concepto distinto, porque tiene lugar dentro de la cultura humana. La violencia, así, es la sofisticación de la agresividad, es la hipertrofia de la cultura. Porque en la violencia la inteligencia y la voluntad, propias del reino cultural, se inmiscuyen en los instintos agresivos, los anulan, los encauzan, los convierten, en suma, en un mal humano por excelencia. Y esto nos lleva a la segunda observación. Es ya una división

¹ Lo de Irak no llegó a guerra. Fue invasión.

clásica, debida sobre todo a la teología cristiana, distinguir entre el mal de la *pena* y el mal de la *culpa*; el de la pena es aquel que se escapa a nuestro poder. Un terremoto no es causa de ningún agente humano por lo que a nadie se le debe responsabilizar (otra cosa es que los terremotos afecten, en general, a los más pobres y que éstos dispongan de menos previsiones, medios y logística para escapar a su fuerza devastadora). El de la culpa refiere directamente a una acción humana que, voluntariamente, causa daño; dicha acción supone deliberación y decisión y, en consecuencia, es imputable al agente causante del mal en cuestión. Hemos visto que la violencia es nuestra y no importada, por mucho que la configuración genética sea la condición del actuar humano. En último término la responsabilidad no es ni de los genes ni del ambiente por decisivos, que éstos sean (y lo son), sólo podemos hablar con propiedad de violencia humana, cuando encuadramos en ella todo lo que hacemos con conciencia y, por tanto, se podría haber evitado. Si esto es así, da la impresión de que el panorama es desolador y que un cierto fatalismo se ha apoderado de cada uno de los individuos hasta conseguir el cuadro de un mundo con tantas tinieblas que estremece.

En la literatura y por poner un ejemplo entre muchos, Dostoyevski, por boca de Iván, nos ofrece una pintura tan aterradora de la violencia humana que produce vértigo. Y ya en mi dominio, el siempre moderado filósofo Hume pierde su flema cuando describe, de modo sangrante, en sus "Diálogos sobre la Religión Natural," la cantidad y calidad de males que nos causamos con una alegría difícil de imaginar.

IV

Lo humano sin embargo, es un lienzo claroscuro. Porque junto a la ferocidad expuesta y en manera alguna inventada, se encuentra el otro polo, el de aquellos que frente a la violencia han dibujado el rostro de una paz fuerte, segura, profundamente humana. Si alguien tuviera la mala idea de leer *Mein Kampf* de Hitler podría comprobar cómo éste goza de una falsa interpretación de la naturaleza. Es falsa porque sólo se fija en el poder de los que sobreviven, en los fuertes contra los débiles, en lo ciego de un proceso que no muestra clemencia alguna con el menos dotado por el destino, por los dioses o por Dios. Pero esto es una parte de la verdad si volvemos nuestra mirada a la cantidad de actos, movimientos



Fotografía: "Pace and love inc" de Cristian Jungwirth Abril 2006, www.freeimages.com

e instituciones que luchan (sin violencia) por la paz. El conjunto va tomando otro color, además, no se trata de una paz vacía o inerte sino de una construcción, de un concepto positivo, de una visión, en fin, de la paz como manifestación de las potencias humanas y de la armonía entre los distintos miembros de la sociedad. En este punto no estará de más decir, algo sobre el pacifismo, el pacifismo es tan antiguo como la guerra. Tenemos que imaginar que surgió poco a poco en oposición al conjunto de injusticias que de una manera u otra, se generaban en la comunidad. Dentro ya de nuestro espacio cultural, el cristianismo primitivo fue un movimiento de pacifismo absoluto, ultrapacifista. Pronto cambió su idea de paz, y la cambió, cuando se hizo con el poder. San Agustín es la clave teórica de esa transformación de la comunidad cristiana que pasa de perseguida a mandar. Más cerca de nuestros días, figuras como la de Gandhi se elevan como el espejo en el que tendría que contemplarse el pacifismo. Se suele señalar que Gandhi tuvo una influencia considerable de la religión jainista; religión o simple sabiduría que se formó como escisión del budismo. Su noción de *ahimsa* o de no hacer daño, a la que más adelante volveré, sería central en la actitud de Gandhi de derrotar la injusticia sin recurrir a la violencia y de manera esencial a la violencia física. Porque, añadámoslo de paso, aunque puede haber violencias de distinto grado, es la física la que cuenta como incuestionable (como princeps analogatum, que dirían los escolásticos) como patrón respecto al cual las otras se miden y cuentan. Mucho más cerca están los pacifismos pragmáticos y teóricos que se han ido formando en los últimos tiempos dentro de lo más esperanzador de los llamados "Nuevos movimientos sociales", el pacifismo, por lo tanto, nos muestra el intento a contrapelo, de derrotarla y, cosa importante, con medios y métodos pacifistas. Este punto es central; uno de los peores males de la humanidad en rebelión contra la violencia pura y dura o contra otros tipos más sutiles de violencia (en los que la injusticia o el poder se revisten de falsa legitimidad) es haber reproducido lo mismo. Lo más escandaloso del fracaso de las revoluciones radica en que para romper un poder que debería ser combatido, se ha hecho lo mismo; es decir, se ha cambiado un poder por otro sin modificar la sustancia de las cosas. En cualquier caso, el pacifismo racional está ahí, como ejemplo y modelo de una acción

antiviolenta, y al mismo tiempo, nos señala el signo positivo (del negativo hemos hablado bastante) de las relaciones humanas. En un reciente libro “La izquierda darwinista” el filósofo moral Peter Singer insistía en que a pesar de que existe en nosotros una parte de naturaleza que tiende hacia la jerarquización, la depredación y la supresión de los demás, hay otra parte que invita a lo contrario. Y que una pedagogía adecuada, sumada al esfuerzo moral por construir otro mundo, podría ofrecernos situaciones de paz y justicia igualitaria hasta ahora desconocidas, pero esto nos lleva al segundo punto; esto nos lleva a la moral.

V

Voy a dar por supuesto que existen unos *principios básicos* y fundamentales que todos aceptamos. Nadie estaría dispuesto, y es un ejemplo extremo, a sostener que se puede matar arbitrariamente o que el torturar es una simple costumbre con la que nos podemos divertir. Precisamente, cuando las Constituciones nos hablan de derechos fundamentales que están incluso, por encima de lo que una mayoría podría decidir en elección libre, no hacen sino institucionalizar lo que se entiende por Derechos Humanos, tales derechos, a su vez, no son sino derechos morales; es decir, los derechos que nos hemos ido dando recíprocamente los seres humanos a lo largo de nuestra historia y es que no hay más remedio que distinguir entre dos posibles orígenes de esos derechos. Según uno, procederían de alguna autoridad divina (o de la naturaleza que haría de intermediaria de dicha divinidad) y según otro proceden de nuestra aceptación mutua como iguales y con los mismos derechos. Pues bien, una vez que desde la modernidad nos basamos en nosotros mismos y no en autoridad externa alguna, hemos de concluir que la dignidad de sujetos de derechos es algo que alcanzamos por nuestros propios medios. Nadie es superior a nadie, nadie ha de querer para otros lo que no quiere para sí, todos hemos de respetarnos en lo que atañe al núcleo de nuestras vidas. Eso es una ética a la altura del tiempo que vivimos y que no quiere disolverse en mera fuerza, en simple utilidad o en alguna referencia divina. Y no porque uno tenga nada contra tales referencias sino porque, entre otras razones, existen tantas que difícilmente podríamos ponernos de acuerdo sobre cuál es la que tendría que servir como modelo.

jerisidos

VI

En este punto conviene que hagamos una precisión de suma importancia. Me he referido a lo que es la moral, tal y como la hemos alcanzado, siquiera teórica y pobremente, en nuestro caminar histórico. En muchas ocasiones, sin embargo, la moral es algo mucho más pedestre y se reduce a la simple costumbre, más aún, filósofos de prestigio, desde Nietzsche a Heidegger, han considerado que la moral es la ley de la tradición y que lo que entendemos por ética es una especie de imposición que obedecemos a modo de rebaño o manada. De ahí que actuemos más por la presión social del “qué dirán” que a través de una aceptación razonada de las normas que creemos justas, y a esto se asocia otra visión de las relaciones humanas que vicia lo que, al menos idealmente, he dicho que es la moral y es que junto a la tiranía, así se expresaban los ilustrados de una tradición que se recibe acriticamente, suele manifestarse un modo de comportamiento con los demás en donde cualquier tipo de poder, empezando por el político, se vive como poder sobre los otros y no poder con los otros; de esta manera, la moral, por un lado, se reduce a recibir pasivamente lo que se nos lega social e históricamente y, por otro, el poder no es interpretado como un bien común, que en igualdad de condiciones, hemos de gozar o padecer sino como una competición en la que se acaba imponiendo el más fuerte o el más listo; hoy, y para decirlo con franqueza, el que más dinero tiene.



Fotografía: Cortesía de José de Jesús Ávila Ramírez

Como vemos, frente a la descripción de una moral que nos muestra el lado más artístico de las facultades humanas que son capaces de construir un conjunto de reglas que hemos alcanzado juntos, y que nos sirven para vivir en una *comunidad humana*, nos encontramos con una seudomoral en la que pasa a primer plano una guerra soterrada de todos contra todos; una seudomoral dentro de una concepción todavía muy animal de los contactos que tenemos los unos con los otros. De ahí que si queremos contraponer la ética y la violencia no tengamos más remedio que preguntarnos por el tipo de moral en el que nos movemos e intentar, así, eliminar la violencia.

VII

Voy a poner algún ejemplo a mano para, de esta manera, confrontar la moral que es propia de una humanidad emancipada con lo que desgraciadamente sucede. De esta forma, vamos a ir viendo cómo tendría que combatir la moral, a la violencia de la que hablamos en su momento. No es raro oír a mucha gente, y a mucha gente aparentemente educada y que en otros campos muestra un encomiable estilo a la hora de razonar, que las mujeres y los hombres somos violentos como somos altos, bajos, rubios o morenos y que querer enmendar la plana a esta situación es semejante a buscar rosas en el mar, son los mismos que se encogen de hombros ante la desesperación no de cientos de miles sino de millones de personas tragadas por guerras, como la interminable de África o contemplan con ojos de mero espectador un atentado terrible en cualquier lugar de nuestro planeta. A esta gente le basta con la etiqueta, con un cumplimiento de la ley que mantenga las cosas como están a su alrededor y poco más. Y si lo que está a su alrededor le produce cierto malestar recurrirá al expediente inmediato de pedir más defensa o, lo que es lo mismo, más mano dura, policía y represión. La fuerza de la costumbre se ha instalado en su manera de mirar y la violencia, sobre todo si no le toca, forma parte del paisaje, además, tal y como antes indicamos, es probable que cuando se vea obligado a recurrir a algún

Nos encontramos con una seudomoral en la que pasa a primer plano una guerra soterrada de todos contra todos; una seudomoral dentro de una concepción todavía muy animal de los contactos que tenemos los unos con los otros.

método defensivo rápidamente entenderá el poder como fuerza; es decir, como fuerza contra otros. El concepto de poder y su ambigüedad, permítaseme un breve paréntesis, es objeto de estudio dentro de la ciencia política. Fue Weber, especialmente, quien distinguió entre el poder como fuerza o dominio sobre los demás y el poder compartido intersubjetivamente. La postura que estamos viendo no es capaz de contemplar esta decisiva distinción. Por otro lado, al considerar que el poder se ejerce siempre sobre o contra los demás, no se sabe utilizar para moldearse a sí mismo, para autoconstruirse.

**Si, repito,
la violencia
sopla cerca
de algo que
le es querido,
entonces llorará,
protestará y
exigirá que
sea castigado
quien ha
generado
el mal.**

VIII

Ahora bien, es fácil reducir al absurdo la actitud que estoy describiendo, y es que en el momento que a la persona indiferente se la cause violencia reaccionará de modo furibundo y tratará de que se le repare la injusticia que un determinado daño le ha causado. Es como si esa persona hubiera despertado al mundo moral. Si, repito, la violencia sopla cerca de algo que le es querido, entonces llorará, protestará y exigirá que sea castigado quien ha generado el mal. No puede recurrir ya al fácil dictum de que por todos los lados hay violencia y encogerse de hombros; no le sirve mantener la misma frialdad da cuando los hechos son lejanos, y sería necio hablar de resignación o aceptación fatalista del destino, lo cual demuestra que para reaccionar contra la violencia no hay más remedio que considerar a todo el mundo, salvo en situaciones que por patología u otras causas es claro que no es así, responsable de sus actos. Para reaccionar, contra la violencia hay que considerar que somos

seres interactivos y libres y que, en consecuencia, podemos actuar mejor o peor, con violencia o sin ella, en cuyo caso se ha venido también abajo la concepción del poder como simple fuerza que se usa contra alguien.

Quien no desea ser violento, no tiene más remedio, que instaurar un modo de vida en el que la violencia que surge de nosotros sea limitada por medio de los instrumentos pertinentes, exceptuando que quiera vivir en un estado de guerra permanente. Enseguida nos detendremos en cuáles son tales instrumentos.

IX

Volvamos, a la ética o moral y su enfrentamiento con la violencia, es decir, a su intento de que sea expulsada del ámbito de las relaciones humanas. La ética, en el sentido que he expuesto se opone radicalmente a todo tipo de violencia, es su negación, su otra cara, lo que no tolera. Contra actitudes acomodaticias, seguidores más o menos fieles de Maquiavelo, deterministas genéticos o quienquiera que dé por buena la violencia, la ética repetirá sin cesar que existe un principio básico alrededor del cual se enrocan todos los demás: no hacer daño a nadie, no producir sufrimiento, no aumentar la acumulación de dolor que se da, abundantemente en este planeta. La ética lo recuerda una y otra vez y obviamente, lo razona o justifica. Y es que todos queremos vivir bien y nadie tiene derecho, supuesto que todos somos iguales, a infringirnos males físicos, sobre todo físicos, y psicológicos. Ése será el pensamiento guía, la tendencia que se inscribe en cualquiera de los otros mandatos que nos imponemos libremente los humanos. Por eso considerará despreciable todo coqueteo con el sufrimiento y mirará a todos los rincones donde anide la violencia. Citamos antes la guerra y luego volveremos sobre ella; pero, como también dijimos, la violencia muestra muchos rostros, más explícitos o más sutiles, de ahí que el juicio moral incitando a eliminar la violencia no se limite a lo más evidente sino que recuerda cómo la violencia agazapada en cualquier esquina, está a punto de hacerse realidad. La ética, además, no se limita a preguntarse por la bondad de las acciones ni se resume en mostrar, una y otra vez, que hay que respetar a todos. La ética es algo acti-



Fotografía: Cortesía de José de Jesús Ávila Ramírez

vo, no una cuestión meramente teórica o propia de los filósofos morales. En este sentido *sugiere* (la palabra *sugiere* está en su punto puesto que la ética, al revés de la violencia, no es coactiva) que nos modifiquemos en toda nuestra personalidad, que nos desdobleemos en un yo capaz de entrar en contacto afectivo con los demás seres humanos. Y aquí aparecen, los importantes sentimientos morales. Suelo recordar constantemente una frase del sociobiólogo E. Wilson que explica bien por qué todavía y a pesar del inmenso desarrollo civilizatorio y tecnocientífico que hemos alcanzado no tenemos un correspondiente horror a la violencia y es que, según este biólogo, no hemos modificado, desde el Neolítico, nuestros sentimientos morales. Si esto es verdad, entonces somos unos enanos en

sentimientos, unos aprendices, un conjunto de emociones primarias y es eso lo que hay que cambiar. La ética, además de juzgar negativamente la violencia, incitar al respeto e indicar que quien es violento rompe la comunidad, pretende que cambiemos y en ese cambio, los sentimientos jueguen un papel central². Es éste hoy un aspecto esencial que lo dejamos de lado tal vez fruto de un falso desprecio por lo que no se contabiliza como inmediatamente palpable. Con lo que la dureza de corazón se instala fácilmente en nuestras vidas y con relación a lo que decimos, hay que señalar la importancia de los medios o instrumentos para luchar contra la violencia. Ferrater Mora, en su breve pero excelente libro (junto con su esposa, Priscila Cohn) *Ética aplicada, del aborto a la violencia*, escribe lo siguiente: “¿Debe el mal ser combatido con el mal?” Responder, a la pregunta de si se puede o no usar la violencia contra la violencia, nos conduce a la influencia indirecta de la ética en la política.

X

Responder a esta cuestión nos llevaría mucho tiempo. Es una vieja pregunta de la que trata, con mayor o menor acierto, la filosofía política. Por eso voy a ofrecer muy sintéticamente mi respuesta. Parece que en ocasiones se puede contestar a la violencia con la violencia, de ahí que tenga sentido la guerra justa, la insurgencia revolucionaria ante un flagrante caso de opresión, piénsese en la guerrilla contra el nazismo de Hitler, e incluso el tiranicidio, por cierto es defendido por Santo Tomás. En realidad la llamada *guerra justa* adquiriría su legitimidad en función de lo que entendemos en el terreno individual por legítima defensa y es que a veces no sólo podemos contraatacar sino que deberíamos hacerlo. Un grupo de personas maltratando a un niño inocente exige, en lo posible, que actuemos contra ello y que actuemos, si no hay otra alternativa, violentamente. No es cuestión de pacifismo absoluto. Quien quiera poner la otra mejilla cuando le humillen, es cosa suya. Ahora bien, sentada la posibilidad y hasta la necesidad de cierto tipo de violencia y reconociendo que en las relaciones humanas estamos obligados a bordear la paradoja (es el caso, por ejemplo, de ser intolerantes con los intolerantes), hay

² Supongo que José Sanmartín ha tocado científicamente el tema.

que añadir inmediatamente que una política regida por la moral de la no violencia debe tener como meta evitarla al máximo.³ y debería introducir esa tendencia en el núcleo de la sociedad. De momento limitémonos a decir que la finalidad moral es la eliminación de la violencia, el recuerdo del respeto entre iguales, la anulación de la fuerza por la fuerza y el trabajo de la persona sobre sí misma para que eso sea posible. Algunos erróneamente llaman a esto debilidad o falta de realismo, y no es verdad. Se trata de aquellos que parecen incapaces⁴ de darse cuenta que los humanos podemos *motivarnos* también, para construir una comunidad con simetría intersubjetiva; es decir, una sociedad de iguales, con derechos iguales y de mutua ayuda, que podemos motivarnos, superando la tendencia a dominar a los otros, a vivir *contra* los otros y que por eso, podemos estar *motivados* para autocontrolarnos, para no dejarnos llevar por los impulsos más primarios y eso no tiene nada de débil, todo lo contrario. Es la mejor manera, de modelarnos artísticamente y eso exige esfuerzo solo que trae consigo un gozo humano, realmente humano, muy superior al que se obtiene con la pura violencia.

Hasta aquí lo que la ética, teórica y prácticamente, implica en su oposición a la violencia. En primer lugar, incita al individuo a que no la tolere en ninguna de sus formas, en segundo lugar, de modo indirecto, sugiere la participación sociopolítica en todos aquellos proyectos que vayan en detrimento de un mundo violento. Todo ello argumentando, con energía y sin someterse a la fatalidad de la tradición, a la tiranía de las costumbres o, a la seducción con que muchas veces se reviste la violencia. Pero la ética no es algo etéreo. Es un modo de comportarse que vive en el reino de la libertad, y el reino de la libertad es el de la cultura. Los humanos somos seres culturales que aprendemos diversas técnicas, las maneras de comportarnos, y que luego trasmitimos a otros pueblos o a otras generaciones. La ética, es la parte más alta de dicho comportamiento y por eso supone el amplio ámbito de la cultura; de ahí que si queremos llegar a una ética de la no violencia, no tengamos más remedio que ir poniendo los cimientos, las bases de esa ética antiviolenta, y esas bases o cimientos no son otros sino la cultura y su pedagogía.

3 ¡Qué política antiviolencia puede darse allí en donde, v. g., se exportan armas!

4 Son los listos de las manos sucias.

XI

No voy a detenerme mucho en exponer qué es la cultura. Desde luego no es esa idea seudopopular según la cual la cultura consiste en vestir bien o ir, sin entender, a un concierto. La cultura, hace referencia a ese espacio que más allá de los condicionamientos genéticos, posibilita la apertura de todas las formas de comportarnos a las que llamamos humanas. De ahí que la ciencia, el arte, la religión o la política sean conjuntos de memes (unidades mínimas de cultura) que van tomando distinta forma según el lugar y el tiempo en el que crezcan; así, los chinos tienen una cultura, los marseleses otra y los bosquimanos la suya.

Existen, naturalmente, pautas comunes⁵ y deben existir normas que limiten los excesos de tales formas culturales, como sería, la ablación del clítoris. La cultura suele transmitirse de muchas maneras pero las sociedades han diseñado espacios para que, de modo institucionalizado, fluya; son las escuelas. Los chimpancés, por cierto, poseen unas rudimentarias escuelas, proporcionales a su rudimentario componente cultural. Y el gran despegue de la civilización, que tuvo lugar en Sumeria hace unos 5.000 años, se vio impulsado por la implantación de las escuelas. La escuela suele ser, en suma, el mecanismo de transmisión de la cultura.⁶ Ahora bien, la guerra y la paz son, en este sentido amplio, conductas culturales de la sociedad humana. La situación es esa.

XII

La ética también es una forma de cultura pero, al revés que el arte o la ciencia, se ocupa de los bienes y de los males morales y es, podríamos decirlo así, la parte más noble de la cultura, la última conquista, lo que realmente nos constituye como humanos. Si esto es así, quiere decir que para poder ser morales los distintos niveles culturales que la preceden son de una enorme importancia. Efectivamente, a un desarrollo cultural determinado le siguen unas posibilidades morales determinadas. Con esto no quiero decir que la cultura, por sí misma, lleve a la moral, como parece indicar Kant, pero sí que la cultura ayuda a ser morales y que

⁵ Cierta tipo de jerarquización es probable que sea universal. Los celos, por el contrario, tal vez no lo son.

⁶ Para Gellner, así nace el Estado moderno.

ciertos rasgos culturales son la antesala de la moral. Uno de los mayores fracasos de los grupos políticos en concreto y de la política en general ha consistido en su poca o nula capacidad pedagógica. No se enseña desde la infancia a abrir conscientemente el propio campo de la libertad, a respetar a todo el mundo, a sentir gozos comunes, a gustar de lo que es bello, a ser duros con la injusticia, a crear, en fin, un ámbito en el que después, cada uno recree moralmente lo que está ya implícito en ese molde cultural. Es sólido afirmar, que la mejor introducción a la moral es el amor. Un niño sin amor puede acabar siendo un psicópata, un amorfo o simplemente un indeciso que se eterniza actuando. La madre, el ambiente familiar o las personas próximas a la infancia de un niño pueden conseguir que nazca en él la estima a los otros y de sí mismo, así gana autonomía y está dispuesto a obrar moralmente. ¿Qué decir entonces sobre la relación de la cultura con la violencia?

Antes de nada, que la moral debe enfrentarse a la violencia a través de los filtros culturales de nuestra sociedad. Dijimos que la violencia, aunque muestre algunos picos monstruosos, atraviesa todo el cuerpo social. La reacción, en consecuencia, ha de ser similar. Cuando se habla, con una expresión que es ya típica, de “cultura contra la vio-



Fotografía: Cortesía de José de Jesús Ávila Ramírez

lencia”, lo que se debería querer decir es que hay que activar todas las instancias culturales para taponar las muy variadas violencias. Últimamente estamos padeciendo, y es un ejemplo desgraciadamente cercano, la violencia de género. Se han estudiado con detenimiento sus causas: el factor del tradicional machismo, las posibles perturbaciones generadas en una infancia violenta, el alcoholismo, etcétera. ¿Qué dirá la moral al respecto? Además de recordar que la mujer como todos, es un ser a respetar, insistirá en que deben arbitrarse todos aquellos instrumentos sociales que trunquen la violencia en cuestión. Si nos volvemos ahora a los niños (o a los adolescentes, que por sí mismos son un tema aparte y también profusamente estudiado) tendríamos que decir cosas muy parecidas. En todas nos aparece una estrecha conjunción entre cultura y moral. Y esto nos conduce al muy específico problema de la violencia de los jóvenes que se puede entender en dos sentidos: la que se ejerce contra los jóvenes y la que practican. Respecto a la primera y teniendo presente todo lo que hasta el momento hemos dicho, conviene añadir que es esencial crear un cordón protector que defienda al joven y al niño de las actitudes violentas de los adultos. A tales niños o jóvenes les competen no sólo los derechos que en cualquier individuo reconocemos sino unos muy específicos: los de pertenecer a un sector más indefenso de la sociedad. Debemos, en este sentido, respetarles al máximo, cuidar su autonomía, exigirnos promover todas aquellas estructuras que posibiliten su crecimiento y para ello es necesario precisar nuestra moral, afinar la ética para poder fijarnos en la específica situación del niño o del joven. Volvémonos a la violencia que ejercen o pueden ejercer los jóvenes; aquí está fuera de lugar el paternalismo. A la altura de su etapa de la vida tenemos que exigirles una radical conducta antiviolenta. Pero, cuestión fundamental, es nuestro deber crear un contexto cultural que ahogue la violencia. Un joven expuesto a vivencias, imágenes, juegos, actividades seudoculturales violentas internaliza la violencia. De ahí la importancia de una verdadera revolución cultural antiviolenta, tal revolución tiene que partir del corazón de la sociedad. Porque la violencia humilla, seca la raíz de la vida, genera sufrimiento y lo más decisivo, nos hace más infelices. La ética, por el contrario, es la búsqueda ininterrumpida, de la felicidad.